

Ángel J. Gómez Montoro
Rector de la Universidad de Navarra

Se ha afirmado en alguna ocasión que el grado de resistencia personal a los homenajes académicos es directamente proporcional a los méritos de su destinatario. No quiero ni pensar en la tenaz oposición que el Profesor Artigas hubiera presentado a un acto como el de hoy. Casi puedo sentir ahora su mirada aguda, por encima de aquellas gafas en misterioso pero estable equilibrio sobre la punta de la nariz, reprochándonos sin palabras esta reunión sobre su persona y su obra, que él, llevado por su natural modestia y su sinceridad aragonesa, calificaría seguramente como una lamentable pérdida de tiempo.

Por otra parte, D. Mariano era una persona muy razonable y, en el fondo, entendería que las instituciones, como las personas, tienen el deber de dar las gracias a quienes las han servido con lealtad. Esa es mi obligación gustosa hoy como Rector: expresar públicamente el agradecimiento de la Universidad de Navarra al Profesor Artigas por su servicio abnegado y generoso, pleno de méritos académicos, como se ha

puesto de relieve en las intervenciones precedentes. Un agradecimiento que se expresa también en la Medalla de Plata que hoy le otorga la Universidad.

Deseo destacar entre esos méritos su trabajo de gobierno: fue casi diez años decano y le correspondió la no pequeña tarea de poner en marcha una nueva Facultad, responsabilidad que hizo compatible con su intensa labor docente e investigadora y con la labor pastoral que siempre desarrolló. Gracias, entre otras razones, a su buen criterio y a una capacidad de trabajo casi legendaria —aunque se han dado hoy abundantes ejemplos reales—, la Facultad Eclesiástica de Filosofía se desarrolla sobre unos cimientos sólidos.

Cumplido mi deber de agradecimiento, no pretendo glosar de nuevo la extraordinaria actividad científica del Profesor Artigas, algo que han hecho con cariño e inteligencia cuantos han intervenido en este homenaje. Me limitaré a subrayar algún aspecto de su personalidad como universitario, fruto de sus muchas virtudes morales, y en el que brillan también rasgos propios del espíritu de esta Universidad, legado por su fundador, San Josemaría Escrivá. Me refiero concretamente a su noble ambición intelectual, asentada sobre una curiosidad infatigable y el amor a la verdad propio de los grandes maestros.

Ciertamente, el Profesor Artigas tuvo la valentía de enfrentarse a cuestiones arduas y complejas, que,

a la vez, son relevantes para el hombre de la calle y su visión de la persona y del mundo. A menudo a contracorriente de la opinión científica dominante, supo pensar y dialogar con los mejores, en las fronteras últimas de la Filosofía de la Ciencia, pertrechado con las armas del rigor, la honradez y una perspicacia, todo hay que decirlo, poco común, que no le impedía, por cierto, ser muy sencillo. Pues al decir de uno de sus amigos, D. Mariano estudiaba asuntos complicados, pero él no lo era en absoluto.

La ambición intelectual a la que me refiero marca toda su trayectoria, empezando por la primera de sus tres tesis doctorales, un estudio sobre la aplicabilidad de la noción de substancia en la microfísica. Como ha sabido ver el profesor García Cuadrado, a quien agradezco su trabajo para la celebración de este homenaje, en esa investigación estaba ya una de las claves de su pensamiento: *las ciencias de la naturaleza no pueden prescindir de unas bases filosóficas sobre las que se sustentan las teorías científicas*¹. D. Mariano se lanzó al conocimiento exhaustivo de las más importantes de esas teorías, para desvelar su fundamento filosófico, siempre con la armonía entre Fe y Razón como telón de fondo de su trabajo.

1. J. A. GARCÍA CUADRADO, «D. Mariano Artigas, *In Memoriam*. Perfil Biográfico y Académico», *Scripta Theologica* 39 (2007/2) 467-478, especialmente 469.

Resulta modélica esa continua disposición para plantearse metas altas, que, además, lograba (y he ahí quizá algo especialmente ejemplar para quienes somos académicos). Sin duda, puede explicarse la cantidad y calidad de esa producción por sus abundantes virtudes humanas. Ordenado y metódico, era enemigo de improvisaciones y de objetivos difusos, y amigo del cumplimiento del deber, sin escala de grises ni pausas, consciente de que *tempus fugit*. Como para el poeta castellano, en la vida de D. Mariano *hoy era siempre todavía*.

Pero el motivo de su altura de miras y de su magnanimidad va más allá de una cuestión de carácter. Desde el despertar de su vocación científica, D. Mariano comprendió bien lo que nuestro Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría, afirmó en esta Universidad hace unos años: servir a la verdad «supone optar por una revolución que puede parecer lenta, pero que es, en definitiva, la única eficaz y profunda»². Y añadía: «No hay realismo mayor que el empeño diario basado en la esperanza e informado por el amor»³. Me parecen palabras idóneas para describir el itinerario vital del Profesor Artigas, que

2. Discurso de Mons. Javier Echevarría, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, con motivo de la investidura de Doctores *honoris causa* (1998).

3. *Ibidem*.

supo aprender y enseñar con un realismo amoroso y esperanzado.

Termino. Como decía al principio, una celebración de este tipo no despertaría, seguramente, el entusiasmo de D. Mariano. Pero quizá podamos ganar, al menos, su indulgencia si sirve –además de como un justo homenaje– de estímulo para desarrollar su legado científico. *La Universidad* –son palabras también de nuestro Gran Canciller– *renace cada día del trabajo, de la oración y de los sueños de los que ahí trabajáis*⁴. El trabajo del Profesor Artigas puede seguir renaciendo cada día en la obra de sus discípulos; su intercesión, desde luego, no nos faltará; y el mayor de sus sueños, el conocimiento de la relación armónica entre la Fe y la Razón, debe ser siempre uno de los más altos ideales de nuestra Universidad.

4. *Nuestro Tiempo* (enero-febrero de 2000).